

Capítulo 1

*E*ra un verdadero crimen que Amelia Willoughby aún no se hubiera casado.

Al menos eso era lo que decía su madre. Amelia o, más correctamente, lady Amelia, era la segunda hija del conde de Crowland, así que nadie podía encontrarle ningún defecto a su linaje. Su apariencia era más que pasable, si el gusto se inclinaba hacia las saludables rosas inglesas, gusto que, afortunadamente para ella, era dominante en la alta sociedad.

Su pelo era de un respetable color rubio normal, sus ojos castaños tirando a gris verdoso y su piel tersa y blanca siempre que se acordara de no ponerse al sol (las pecas no eran amigas de lady Amelia).

Tenía también, como le gustaba comentar a su madre, una inteligencia adecuada, sabía tocar el piano y pintar acuarelas, y además (y esto su madre lo recalca con entusiasta insistencia) estaba en posesión de todos sus dientes.

Mejor aún, los susodichos dientes eran perfectamente parejos, lo que no se podía decir de Jacinda Lennox, la que cazó limpiamente al marqués de Beresford y cuyo matrimonio fue «la boda» de 1818 (aunque no antes de rechazar a dos vizcondes y a un conde, como le gustaba informar a la madre de Jacinda).

Pero todos esos atributos quedaban pálidos ante lo que, sin

duda, era el aspecto más pertinente y extraordinario de la vida de Amelia Willoughby: su larguísimo compromiso con el duque de Wyndham.

Si a Amelia no la hubieran comprometido (cuando aún estaba en la cuna) con Thomas Cavendish (que en ese tiempo era el heredero del ducado y un niño pequeño todavía), sin duda no habría llegado a la poco atractiva edad de veintiún años siendo doncella.

Durante una temporada se había quedado en Lincolnshire, porque nadie pensó que necesitara molestarse en ir a Londres; la siguiente temporada sí la pasó en la capital, para acompañar a su hermana mayor, Elizabeth, pues su prometido (también desde que ella estaba en la cuna) tuvo la mala suerte de contraer una fiebre a los doce años y murió, dejando a su familia sin heredero y a Elizabeth Willoughby sin compromiso.

Y en cuanto a la siguiente temporada, cuando todos estaban casi seguros de que Elizabeth se comprometería en matrimonio en cualquier momento y Amelia continuaba comprometida con el duque, fueron a Londres de todos modos porque habría sido embarazoso que se quedaran en el campo.

A Amelia le gustaba bastante la ciudad. Disfrutaba de la conversación, le gustaba muchísimo bailar, y si uno hablaba con su madre durante más de cinco minutos, se enteraba de que si Amelia hubiera estado libre para casarse, habría recibido media docena de proposiciones, como mínimo.

Lo cual significaba que Jacinda Lennox seguiría siendo Jacinda Lennox y no la marquesa de Beresford. Y, más importante aún, lady Crowland y todas sus hijas seguirían teniendo un rango superior al de la molesta muchachita.

Pero claro, como se le oía decir con frecuencia al padre de Amelia, la vida no siempre es justa; de hecho, rara vez lo es. Sólo había que verlo a él, por el amor del cielo. Cinco hijas, ¡cinco! Y ahora el condado, que había pasado de padre a hijo desde los

tiempos en que eran príncipes en la torre, pasaría a la Corona, pues no había ningún primo a la vista que pudiera heredarlo.

Además, como solía recordar a su mujer, debían agradecer a sus prontas maniobras que una de sus cinco hijas ya estuviera establecida, por así decirlo, y sólo tuvieran que preocuparse de las otras cuatro, así que a ver si hacía el favor de dejar de quejarse del pobre duque de Wyndham y de su lento avance hacia el altar.

A lord Crowland le gustaba la paz y la quietud por encima de todo, y esto era algo que debería haber tenido en cuenta antes de tomar por esposa a la ex Anthea Grantham.

Lógicamente a nadie se le ocurría siquiera pensar que el duque incumpliría su promesa a Amelia y su familia; por el contrario, era bien sabido que el duque de Wyndham era un hombre de palabra, y si decía que se casaría con Amelia Willoughby, pues, como que Dios era testigo, se casaría.

Sólo ocurría que tenía la intención de casarse cuando fuera conveniente para él, lo cual no era necesariamente cuando fuera conveniente para ella. O, más al caso, para su madre.

Así pues, ahí estaba Amelia, de vuelta en Lincolnshire.

Y seguía siendo lady Amelia Willoughby.

—Y no me importa en absoluto —declaró cuando Grace Eversleigh sacó el tema durante el baile en el salón de reuniones y fiestas de Lincolnshire.

Aparte de ser la más íntima amiga de su hermana Elizabeth, Grace Eversleigh era la dama de compañía de la duquesa viuda de Wyndham, y por lo tanto estaba en comunicación mucho más directa con su futuro marido de la que ella había tenido ocasión de estar nunca en su vida.

—Ah, no —se apresuró a decir Grace—, no ha sido mi intención dar a entender que te importara.

—Lo único que dijo —terció Elizabeth, dirigiéndole una mirada rara— fue que su excelencia piensa permanecer en Belgrave durante seis meses por lo menos. Y entonces tú dijiste...

—Sé lo que dije —interrumpió Amelia, sintiendo subir el rubor a la cara.

Y en realidad eso no era cierto del todo. No podría haber repetido lo que dijo palabra por palabra, pero tenía la molesta sospecha de que si lo intentaba, sería más o menos algo así: «Bueno, eso es fabuloso, sin duda, pero yo no le daría ninguna importancia, y en todo caso la boda de Elizabeth es el próximo mes, así que ni soñaría con ultimar planes para nada muy pronto y, digan lo que digan, no tengo mucha prisa en casarme con él. (Intercaló algo más, algo, algo, algo.) Apenas le conozco. (Algo, algo más.) Sigo siendo Amelia Willoughby, y no me importa en absoluto».

Al fin y al cabo no era el tipo de discurso que uno desea revivir en la cabeza.

Pasado un momento de incómodo silencio, Grace se aclaró la garganta y dijo:

—Aseguró que vendría aquí esta noche.

Al instante Amelia la miró a los ojos.

—¿Ah, sí?

Grace asintió.

—Le vi durante la cena. O más bien, le vi porque pasó por fuera del comedor cuando estábamos cenando. No cenó con nosotras. Creo que él y su abuela están enfadados —añadió, como en un aparte—. Con frecuencia lo están.

Amelia sintió tensas las comisuras de la boca. No por rabia, ni siquiera por irritación, en realidad. Más bien era por resignación, más que por cualquier otra cosa.

—Supongo que la viuda le dio la lata hablándole de mí —dijo.

Tuvo la impresión de que Grace no deseaba contestar, pero finalmente dijo:

—Bueno, sí.

Lo que era de esperar, claro. Era bien sabido que la duquesa viuda de Wyndham estaba más impaciente que su madre por ver

realizado el matrimonio. También era bien sabido que el duque encontraba fastidiosa a su abuela en el mejor de los casos, así que no la sorprendía en absoluto que hubiera aceptado asistir a la fiesta sólo para conseguir que lo dejara en paz.

Como también era bien sabido que el duque no hacía promesas a la ligera, estaba segurísima de que él se presentaría en la fiesta, y eso significaba que el resto de la velada seguiría un camino bien trillado.

El duque llegaría, todos lo mirarían, luego todos la mirarían a ella y entonces él se le acercaría; estarían varios minutos dedicados a una incómoda conversación, él le solicitaría un baile, ella aceptaría, y cuando hubiera acabado el baile, él le daría un beso en la mano y se marcharía.

Presumiblemente, en busca de las atenciones de otra mujer. Una mujer de otro tipo.

Del tipo con la que un duque no se casa.

Eso era algo en lo que no le gustaba pensar, aunque no por eso dejaba de pensarlo. Pero, de verdad, ¿se podía esperar fidelidad de un hombre «antes» del matrimonio? Ése era un tema del que había hablado con su hermana muchísimas veces, y la respuesta era siempre deprimentemente la misma: no. No se puede esperar fidelidad cuando el caballero ha estado comprometido desde que era niño. No era justo esperar que renunciara a todas las diversiones a las que se entregaban sus amigos sólo porque su padre firmó un contrato de matrimonio unos veinte años atrás. Pero cuando estuviera fijada la fecha, bueno, eso sería una historia diferente.

O, mejor dicho, lo sería si los Willoughby conseguían alguna vez que Wyndham fijara una fecha.

—No pareces demasiado entusiasmada por verlo —comentó Elizabeth.

—No lo estoy —suspiró Amelia—. Dicha sea la verdad, lo paso mucho mejor cuando él está lejos.

—Oh, no es tan terrible —le aseguró Grace—. En realidad, es bastante encantador cuando se lo llega a conocer.

—¿Encantador? —repitió Amelia, dudosa. Lo había visto sonreír, pero nunca más de dos veces en una conversación—. ¿Wyndham?

—Bueno —matizó Grace—, tal vez he exagerado. Pero el duque será un buen marido, Amelia, te lo prometo. Es bastante divertido cuando quiere.

Amelia y Elizabeth la miraron con tanta incredulidad que Grace se echó a reír y añadió:

—¡No miento, lo juro! Tiene un travieso sentido del humor.

Amelia sabía que Grace tenía buena intención, pero al decir eso no consiguió tranquilizarla. Y no era que sintiera celos; estaba bastante segura de que no estaba enamorada de Wyndham. ¿Cómo podría estarlo? Rara vez tenía ocasión de intercambiar más de dos palabras con él. De todos modos, encontraba bastante inquietante que Grace hubiera llegado a conocerlo tan bien.

Y eso no podía decírselo a Elizabeth, a la que normalmente le contaba todo. Su hermana y Grace eran íntimas amigas desde el día en que se conocieron, a los seis años. Elizabeth le diría que era una tonta. O la obsequiaría con una de esas miradas horribles que pretendían ser comprensivas, pero que en realidad eran de lástima.

Y en los últimos tiempos le parecía ser la receptora de muchas miradas de ésas, normalmente siempre que salía el tema del matrimonio. Si fuera una mujer aficionada a apostar (lo que creía que podría ser si alguna vez tenía la oportunidad de intentarlo), apostaría a que había recibido miradas de compasión-lástima al menos de la mitad de las damitas de la alta sociedad; y de todas sus madres.

—Ésa será nuestra misión para el otoño —declaró Grace de repente, con los ojos chispeantes de decisión—. Amelia y Wyndham se van a conocer por fin.

—Grace, no, por favor —dijo Amelia, ruborizándose.

Buen Dios, qué humillante; ser un «trabajo».

—Finalmente vas a tener que llegar a conocerlo —dijo Elizabeth.

—En realidad, no —contestó Amelia, irónica—. ¿Cuántas habitaciones hay en Belgrave? ¿Doscientas?

—Setenta y tres —repuso Grace.

—Podría pasar semanas sin verlo. Años.

—Bueno, no digas tonterías —dijo su hermana—. ¿Por qué no me acompañas a Belgrave mañana? Se me ocurrió el pretexto de que mamá necesita devolver unos libros a la viuda para poder ir a ver a Grace.

Ésta miró a Elizabeth algo sorprendida.

—¿Tu madre pidió libros prestados a la viuda?

—Sí —contestó Elizabeth, y añadió remilgadamente—: Fue idea mía.

Amelia arqueó las cejas.

—Madre no es muy lectora.

—Bueno, no podía pedir prestado un piano —replicó Elizabeth.

Amelia opinaba que su madre tampoco era muy aficionada a la música, pero le pareció que no tenía ningún sentido decirlo. Además, justo en ese momento la conversación se interrumpió bruscamente.

Había llegado «él».

Bien podía estar de espaldas a la puerta, pero lo supo exactamente en el instante en que Thomas Cavendish entró en el salón de fiestas, porque, maldita sea, ya le había ocurrido lo mismo antes.

Llegó el momento del gran silencio.

Y entonces (contó hasta cinco; hacía tiempo que había descubierto que los duques requieren más de los normales tres segundos de silencio) comenzaron los cuchicheos.

Y Elizabeth ya le estaba enterrando el codo en las costillas, como si necesitara el aviso.

Y entonces, aah, lo veía todo en la cabeza, la multitud estaba haciendo su imitación del mar Rojo, y por en medio pasó el duque, sus hombros anchos, su paso decidido y orgulloso, y ya estaba, casi, casi, casi...

—Lady Amelia.

Arreglando la expresión de la cara, se giró.

—Excelencia —dijo, esbozando la sonrisa amable que sabía necesaria.

Él le cogió la mano y se la besó.

—Está encantadora esta noche.

Eso se lo decía siempre, cada vez.

Musitó las gracias y esperó pacientemente mientras él saludaba a su hermana y luego le decía a Grace:

—Veo que mi abuela te ha dejado libre de sus garras esta noche.

—Sí —dijo ella, suspirando feliz—. ¿No es estupendo?

Él sonrió, y Amelia observó que su sonrisa no era la misma sonrisa de cara al público con que le sonreía a ella. Era una sonrisa de amistad.

—Eres nada menos que una santa, señorita Eversleigh —le dijo él.

Amelia lo miró y luego miró a Grace, tratando de imaginar en qué estaba pensando él. Grace no tenía ninguna opción en el asunto. Si de verdad él pensaba que era una santa, debería proveerla de una dote y buscarle marido, para que no tuviera que pasar el resto de su vida atendiendo a su abuela a todas horas hasta en sus menores deseos.

Pero, claro, eso no lo dijo; porque nadie le dice esas cosas a un duque.

—Grace nos ha dicho que piensa pasar varios meses en el campo —dijo Elizabeth.

Amelia deseó darle de patadas. Con eso daba a entender que si tenía el tiempo para estar en el campo también tenía que tener el tiempo para casarse por fin con su hermana.

Y claro, en los ojos del duque había una expresión vagamente irónica al contestar:

—Sí.

—Yo estaré bastante ocupada hasta noviembre por lo menos —dijo ella.

Porque de repente le pareció absolutamente necesario que él se enterara de que ella no se iba a pasar el tiempo sentada junto a la ventana, bordando y suspirando por su visita.

—¿Sí? —preguntó él.

Ella enderezó los hombros.

—Sí.

Él entrecerró un tanto los ojos, que eran de un intenso color azul; el gesto era de humor, no de enfado, lo cual tal vez era peor aún. Se estaba riendo de ella. No entendía por qué había tardado tanto en darse cuenta de eso. Todos esos años había creído que él simplemente la ignoraba.

Vaya por Dios.

—Lady Amelia —dijo él, inclinando levemente la cabeza, lo más parecido a una venia que se sentía obligado a hacer—, ¿me haría el honor de concederme un baile?

Elizabeth y Grace la miraron, las dos sonriendo serenamente, expectantes. Ya habían representado esa escena antes, todos. Y todos sabían cómo debía continuar.

En especial ella.

—No —dijo, sin pensarlo dos veces.

Él pestañeó.

—¿No?

—No, gracias, quería decir —dijo, sonriéndole con su más encantadora sonrisa, porque le gustaba ser amable.

Él parecía atónito.

—¿No desea bailar?

—Esta noche no, creo que no.

Miró disimuladamente a su hermana y a Grace. Las dos estaban horrorizadas. Se sintió «maravillosa».

Se sintió ella misma, algo que nunca podía sentirse en presencia de él. Ni antes, cuando estaba esperando su presencia. Ni después.

Siempre todo giraba en torno a él. Wyndham esto y Wyndham aquello y, aah, qué suerte tenía ella por haber atrapado al duque más guapo del país sin haber tenido ni que mover un dedo.

La única vez que dejó salir su humor algo mordaz diciendo «Bueno, sí que tenía que mover los dedos para coger mi sonajero de bebé» fue recompensada por dos miradas de asombro y una «muchacha desagradecida».

Ésa fue la madre de Jacinda Lennox, tres semanas antes de que a Jacinda le cayera la lluvia de proposiciones.

Así pues, por lo general mantenía la boca cerrada y hacía lo que se esperaba de ella. Pero en ese momento...

Bueno, no se encontraban en un salón de Londres, su madre no estaba mirando y estaba sencillamente harta de que él la tuviera sujeta con una trailla. De verdad, ya podría haber encontrado a otro. Podría haberse divertido. Podría haber besado a un hombre.

Ah, muy bien, «eso» no. No era una idiota y sí que valoraba su reputación. Pero podría habérselo imaginado, lo que nunca se había molestado en hacer.

Entonces, puesto que no sabía cuándo podría sentirse tan temeraria otra vez, sonrió a su futuro marido y dijo:

—Pero usted debería bailar si lo desea. No me cabe duda de que hay muchas damas que se sentirían felices de ser su pareja.

—Pero yo deseo bailar con usted —dijo él.

—Tal vez en otra ocasión —dijo ella. Le sonrió con su sonrisa más alegre—. ¡Gracias!

Y dándose media vuelta, se alejó.

Se alejó.

Deseó saltar. Y, claro, saltó, pero cuando ya estaba fuera del salón.

A Thomas Cavendish le agradaba considerarse un hombre justo, ecuánime, sobre todo que su posición como séptimo duque de Wyndham le permitía complacerse en una gran cantidad de exigencias y actos irracionales. Podría actuar como un loco rabioso, vestirse todo de rosa y declarar que el mundo es un triángulo, porque aun así los aristócratas seguirían inclinándose y arrastrándose ante él, pendientes de cada una de sus palabras.

Su padre, el sexto duque de Wyndham, no se había comportado como un loco rabioso ni vestido de rosa ni declarado que el mundo es un triángulo, pero sí que fue un hombre muy poco dado a la razón. Justamente a eso se debía que él se enorgulleciera de su serenidad y ecuanimidad, de la seriedad de su palabra y, aunque no le gustaba revelar a muchos este lado de su personalidad, de su capacidad para encontrar humor en lo ridículo.

Y lo que acababa de ocurrir era decididamente ridículo.

Pero cuando se corrió el rumor de la salida de lady Amelia del salón y, una tras otra, comenzaron a girarse las cabezas hacia él, cayó en la cuenta de que el límite entre humor y furia no es mucho más grueso que el filo de un cuchillo.

Y el doble de afilado.

Lady Elizabeth lo estaba mirando con una buena dosis de horror, como si él se fuera a transformar en un ogro y a despedazar a alguien miembro por miembro. Y Grace, maldita la picaresca, daba la impresión de que se iba a echar a reír en cualquier momento.

—No —le advirtió.

Ella obedeció, pero apenas, así que él miró a lady Elizabeth y le preguntó:

—¿Voy a buscarla?

Ella lo miró sin decir palabra.

—A su hermana —aclaró él.

Ella continuó muda. Buen Dios, ¿educaban a las mujeres en estos tiempos?

—A lady Amelia —dijo, añadiendo una explicación extra—. Mi prometida. La que acaba de dejarme plantado.

—Yo no diría eso... —dijo por fin Elizabeth, con la voz ahogada.

Él la miró un momento, más largo de lo que resultaba cómodo (para ella; él no sentía ni la más mínima incomodidad), y después miró a Grace, la que era, había comprobado hacía mucho tiempo, una de las únicas personas del mundo de las que podía fiarse de que fuera totalmente sincera.

—¿La voy a buscar?

—Ah, sí —dijo ella, con los ojos brillantes de travesura—. Vaya.

Él arqueó levemente las cejas, pensando adónde podría haber ido la maldita chica. En realidad, no podía marcharse de la fiesta; la puerta daba directamente a la calle principal de Stamford, lugar en absoluto apropiado para una mujer sola. En la parte de atrás había un jardín. Él no había tenido ocasión de verlo, pero le habían dicho que se hacían muchas proposiciones de matrimonio en ese frondoso recinto.

Aunque proposición era en realidad una palabra muy moderada para describir lo que allí ocurría. La mayoría de las proposiciones se hacían estando los involucrados bastante más vestidos de lo que estaban las personas que se encontraban en el jardín de detrás del salón de reuniones y fiestas de Lincolnshire.

Pero no lo inquietaba mucho que lo sorprendieran a solas con

lady Amelia Willoughby. Ya estaba atado a la chica, ¿no? Y no podía seguir dando largas a la boda mucho más tiempo. Había informado a sus padres de que esperarían hasta que ella tuviera veintiún años, y suponía que no tardaría mucho en llegar a esa edad.

Si es que no había llegado ya.

—Una de mis opciones parece ser la siguiente —dijo—. Podría ir a buscar a mi encantadora prometida, traerla de vuelta a rastras para bailar con ella y demostrar a la multitud reunida que la tengo claramente dominada.

Grace lo miró divertida. Elizabeth estaba de un color algo verde.

—Pero entonces daría la impresión de que ella ha conseguido molestarme —continuó.

—¿No lo ha hecho? —preguntó Grace.

Él lo pensó. Sentía el pinchazo en su orgullo, cierto, pero, más que cualquier otra cosa, se lo estaba pasando en grande.

—No mucho —contestó y, puesto que Elizabeth era la hermana, se apresuró a añadir—: Perdón.

Ella asintió débilmente.

—Por otro lado —continuó—, podría sencillamente continuar aquí. Negarme a armar una escena.

—Ah, me parece que la escena ya está armada —dijo Grace, mirándolo traviesa.

Él le pagó con la misma moneda:

—Tienes suerte de ser lo único que hace tolerable a mi abuela.

—Al parecer no se me puede despedir —dijo Grace a Elizabeth.

—Aunque la tentación ha sido grande —añadió él.

Los dos sabían que eso no era cierto. Él se postraría a sus pies, si fuera necesario, con tal de que ella continuara siendo la acompañante de su abuela. Afortunadamente para él, ella no mostraba ninguna inclinación a marcharse.

De todos modos, lo haría; y le triplicaría el salario al mismo tiempo. Cada minuto que Grace pasaba en compañía de su abuela era un minuto en que él no tenía que estar con ella, y francamente, no se puede poner precio a algo así.

Pero eso no era el asunto que tenía entre manos. Su abuela estaba cómodamente instalada en el salón contiguo, rodeada por el grupo de sus amigas, y él tenía toda la intención de estar y marcharse de la fiesta sin tener que intercambiar ni una sola palabra con ella.

Su novia, en cambio, era otra historia totalmente diferente.

—Creo que voy a permitir que tenga su momento de triunfo —dijo, llegando a la decisión mientras le salían las palabras de la boca.

No sentía la menor necesidad de demostrar su autoridad, porque, en realidad, ¿podía ponerse en duda?; y no le agradaba particularmente la idea de que la buena gente de Lincolnshire pudiera imaginarse que estaba enamorado de su novia.

Thomas Cavendish no se «enamoraba».

—Eso es muy generoso de su parte, he de decir —comentó Grace, sonriendo de una manera de lo más irritante.

Se encogió de hombros, levemente.

—Soy un hombre generoso.

Elizabeth agrandó los ojos y a él le pareció que la oía respirar, pero aparte de eso, continuó muda.

Una mujer silenciosa; tal vez debería casarse con «ella».

—¿Se marcha, entonces? —preguntó Grace.

—¿Quieres librarte de mí?

—Noo, nada de eso. Sabe que siempre me deleita su presencia.

Él le habría contestado el sarcasmo con algo similar, pero antes que pudiera abrir la boca, vio una cabeza o, mejor dicho, parte de una cabeza, asomada por detrás de la cortina que separaba el salón del corredor lateral.

Lady Amelia. No había ido muy lejos después de todo.

—He venido a bailar —declaró él.

—Detesta bailar —dijo Grace.

—No es cierto. Detesto que me exijan bailar. Hay mucha diferencia.

—Yo puedo encontrar a mi hermana —dijo Elizabeth, a borbotones.

—No sea tonta. Es evidente que también detesta que le exijan bailar. Grace será mi pareja.

—¿Yo? —dijo la joven, sorprendida.

Thomas les hizo un gesto a los músicos que estaban en la parte delantera del salón. Al instante ellos prepararon sus instrumentos.

—Tú —dijo él—. No te imaginarás, supongo, que yo bailaré con otra aquí.

—Está Elizabeth —dijo ella, cuando la llevaba hacia el centro de la pista.

—Bromeas, supongo —musitó él.

Lady Elizabeth Willoughby aún no recuperaba el color que le abandonó la cara cuando su hermana le dio la espalda a él y salió del salón. Era probable que los esfuerzos que le exigiría el baile la harían desmayarse.

Además, Elizabeth no iba bien a sus fines.

Miró hacia Amelia. Sorprendido, vio que ella no se ocultaba inmediatamente detrás de la cortina.

Le sonrió, levemente.

Y entonces, y fue muy satisfactorio, la vio ahogar una exclamación.

Después de eso ella sí se escondió detrás de la cortina, pero eso no lo preocupó. Estaría observando el baile, todo entero, hasta el último paso.